

# La noche

Luis Daniel Izpizua

HIRIA



Una violeta abría su corola en la oscuridad absoluta. En la negrura, la flor cárdena dibujaba una cruz con sus labios y Mario sintió una punzada en el vientre que le hizo apretar los párpados. La imagen se disipó, arrastrada a las tinieblas por el dolor, arrancada de cuajo en aquella quemazón intensa, y cuando abrió los ojos, Mario no se esforzó en reconocer la avenida desierta, en la que las luces de las farolas más que alumbrar parecían anunciar un tiempo inhóspito. Recogió las piernas, flácidas y estiradas sobre los baldosines de la acera como si no fueran suyas, e hizo un esfuerzo para ponerse en pie. Era aquella la luz del mundo, no una luz vigía para orientarnos en la noche, sino la única luz, una luz abandonada a su propia consunción, sucia y triste, dejándose caer desde el betún acartonado que la acosaba, y que alguien se había olvidado de apagar antes de marcharse. Volvió a cerrar los ojos, tambaleante, en pos de una esperanza, de un grumo de sangre que le abriera sus pétalos en la negrura, su propia sangre viva palpitándole un sueño, y luego, al abrirlos, sintió que era la luna la que le sajava el vientre, la luna, se dijo, me sigue porque la tengo clavada en la cintura, la luna, que aparecía allí en lo alto iluminando las simas de pus y nácar de las que emergía. Blanca y exiliada, paseaba su silencio como un emblema de que lo perenne es siempre modesto, discreto, una presencia familiar a la noche, no una fulguración que la anula, y en algún lugar

entre la luna y él se recogió una cabellera, y fue un rostro el que surcó los cielos, un rostro en aquel instante, antes de ocultarse tras un resplandor lechoso, luego gris esponjoso y finalmente oscuro y negro. La quería, y aunque no podía entender las razones, sabía que estaba allí, con la luna en las tripas y queriendo llegar a ninguna parte, porque la quería.

**L**a noche había sido pobre en clientes e interrumpió aquel “Les amants” que interpretaba porque le pareció que en la sala ya no quedaba nadie. Hacía un rato había sentido que se movían para marcharse los que consideró eran los últimos clientes, y hacía bastante que tampoco percibía la presencia silenciosa y como acolchada de Nachuk, el dueño y único servidor de aquel piano bar en el que trabajaba. Un leve movimiento de cabeza le había permitido además cerciorarse con el rabllo del ojo de que efectivamente ya no quedaba nadie, y se sintió libre para tocar el “Danseuses de Delphes” del libro primero de los Preludios de Debussy. Era en esos momentos en que se quedaba solo, y antes de que Nachuk lo apremiase porque tenían que cerrar, cuando él aprovechaba para tocar su música, la que le gustaba, aquella para la que había sido educado. No era sólo Debussy, claro, sino Satie o Schubert o Scarlatti, pero aquella noche Debussy se le impuso, tal vez porque su cuerpo necesitaba el ejercicio de aquella música, aunque bien pudo ser también porque le urgiera abandonarse a un sentimiento, que él siempre lo hallaba en el exterior, a diferencia de la mayoría, que lo sabe sentir dentro. Ese sentimiento nunca tenía nombre y su substancia era la pieza misma. Su ánimo no experimentaba ningún estado especial que buscara una pieza determinada para explayarse, él no interpretaba esto o lo otro porque esto o lo otro respondieran a un sentimiento determi-

nado. Sus estímulos eran de otra índole, unas notas que se le imponían de pronto como un reto, una llamada urgente para un encuentro, un desafío para la memoria, un desafío técnico, pero emergía de la interpretación como si se hubiera descargado de una emoción después de haberla hallado y consumido. Respiró hondo al terminar, con una satisfacción abatida, y giró en su taburete como queriendo buscar en el silencio del local otro impulso para las manos. Y entonces la vio. Estaba sola, sentada en un rincón en penumbra, inmóvil como una aparición que fuera a disiparse.

— Lo siento —dijo él—, quizás hubiera deseado usted otro tipo de música.

Ella tardó en responder, y su voz se oyó indecisa, como si quisiera pedirle perdón por estar allí interrumpiéndolo, como si quisiera que su presencia, a la que no renunciaba, no fuera visible.

—No —dijo—, no quería que acabara. Me hubiera gustado... ¡Ah!, pero no quiero molestarlo.

Mario no volvió a interpretar “Danseuses de Delphes”, pero tocó cuatro preludios más sin interrupción, hasta que un parpadeo de luces le avisó de que Nachuk tenía prisa para remontar el vuelo.

—Bien —le oyó decir a Nachuk— he esperado más de la cuenta para no interrumpir este idilio, pero no es necesario que sigas tocando. Ella acaba de irse.

**L**a noche era a veces interrumpida por el suspiro de la lechuza. A aquellas horas, el frío se hacía ya sentir aun siendo verano y Pilar se envolvió en la rebeca que hasta entonces le había colgado en la cintura. Sabía que no debía esperar, pero se sentía menos inquieta asomada al balcón que pateando un insomnio habitado por el desconcierto. El no vendría, quizá ya no volviera nunca más, y ella sabía que no era culpable de ello. Sabía, sí, y no era la culpa la que la acongojaba, ni tampoco la imposibilidad de poder sentirse culpable de lo que sucedía. En horas solitarias como aquella, la hubiera consolado la conciencia de que no había hecho lo posible, de que no había sido capaz de retenerlo, de hacerlo regresar, de evitar aquellas huidas que la entregaban a la soledad. La culpa conlleva siempre la esperanza de redención, y de haber sido culpable, ella siempre hubiera tenido la posibilidad de cambiar, de modificar su actitud, de cerrar para él toda otra vía que no fuera ella misma. Pero no era culpable, y lo sabía. Él se había ido, como tantas otras veces, dejando al marcharse una vivencia que le pertenecía sólo a ella. Siempre regresaba, pasados tres, cuatro días, a veces una semana, y lo hacía sin dar ninguna explicación, ninguna señal de dónde hubiera podido estar o de lo que pudiera haber hecho en todo aquel tiempo. Volvía, eso sí, acabado, algo más destruido que cuando marchó, y cuando lo sentía entrar en la cama y lo abrazaba, ella sabía que aquel

abrazo no recogía ningún regreso, ninguna victoria sobre la incertidumbre, sino que formaba parte para él del impulso mismo que lo había empujado a irse. El no regresaba, sino que se movía en territorios cuya luz ella desconocía, y sólo sabía que el círculo de aquella vida pasaba también por ella, que ella constituía también un polo de una vida vacía de sentimientos, o en la que los sentimientos debían ser anulados. Así ocurría al menos cuando aquel círculo recalaba en ella, y prefería pensar que ocurría también así en aquel otro lado de su vida que ella desconocía. Cualquier otra posibilidad la entregaba de lleno a ser el lugar del olvido, el lugar al que él caía para vaciarse en la nada, para olvidarse de sí y tomar aliento. No regresaba, no, ya que no era ella de quien partía, y ella sólo esperaba allí, en el relente de la noche, a una sombra. Fijó la mirada en la oscuridad, en la que no brillaban los colores que tal vez sí se ofrecieran a los ojos que él dejaría vagar en sus paseos por la ausencia.

Los colores tuvieron su tiempo. Brillaron en torno, o sonaron, como en aquellas noches en el piano bar. Nachuk se había sentado una noche con ella mientras Mario tocaba “La Cumparsita” y le había dicho, está acabado, no merece la pena que lo intentes. Pero ella no pudo entender aquello de que estuviera acabado, de que nadie pudiera estar acabado, y menos él. ¿Qué significaba acabado y qué aquello que ella al parecer intentaba? Había algo en aquel escenario improvisado que la atraía, no había duda, y esa atracción tendría algo que ver con él, pero de haberle preguntado alguien si eso era amor o un sentimiento similar no hubiera vacilado en responder que no. Era el piano de cola negro bajo el foco, y la insólita concentración de aquel hombre más bien grueso, en ningún caso joven, de frente perlada de sudor, visible cuando se volvía hacia el público, y de párpados pesados. Era esa

extraña conjunción, que no sabía precisar, la que la llevaba allí todos los fines de semana. ¿No era un impertinente aquel Nachuk, de nombre tan extraño, para abordarle con sus insinuaciones y obligarle a establecer unas distancias con algo que ella siempre había considerado ajeno a los sentimientos? Nunca se había planteado si le gustaba aquel hombre, pregunta que sí se hubiera podido formular con respecto a Nachuk de haberlo encontrado en otras circunstancias. Un camarero guapo, con una extraña mezcla de tosquedad y refinamiento en sus facciones, de maneras agradables. Su atractivo residía en su persona, y era a su persona a la que te enfrentabas de entrada, lo que no ocurría con aquel otro hombre, al que le resultaba imposible imaginárselo al margen de su actuación. De modo que otra noche que se le acercó Nachuk y le volvió a sugerir algo relacionado con sus intentos, ella le respondió que no intentaba nada, a no ser que se pudiera llevar a aquel hombre pegado a su piano a rastras por la vida. Pero Nachuk le dio un golpecito en la mano a modo de despedida y le dijo:

—Te gusta. No lo sientes, pero esa es la forma que él tiene de colarse en el corazón ajeno. Y puede ser devastador.

¿Podía ser devastadora una espalda? A quien ahora miraban sus ojos con apremio parecía recoger en él las vibraciones de la última nota previa al silencio, y su cuerpo se relajaba como si fuera el descanso de esa nota. Sin embargo, además de la nota, había una palabra apropiándose de aquel cuerpo, abriéndolo hacia otras vibraciones misteriosas que parecían incluirla también a ella, y que se agolpaban oscuras y sin sentido en su cerebro forjando en él un vínculo de vacío. Devastar. No podía imaginar qué aventuras podrían haber sido desgarradas por aquel que iniciaba ya otra melo-

día. Y vio a Nachuk, que pasaba por delante de ella para servir a unos clientes, y lo que el hombre del piano no conseguía sugerirle se lo reveló él, fulgurante, pues aquel camarero le mostró de repente un rostro diabólico, un rostro que brillaba al son de una melodía, el rostro furtivo de aquel compañero que siempre les enseñaba la espalda.

Cuando uno sale de una sauna, desnudo y sudoroso, y se encuentra con un tipo vestido de etiqueta que lo mira a escasa distancia con gesto impasible, puede pensar que la vasodilatación le ha afectado el cerebro, o bien que el ambiente vaporoso y casi irreal que creía abandonar nada tiene de anómalo y que la realidad a la que accede se le asemeja bastante. Pero puede también ocurrir que el hombre desnudo responda a la mirada del hombre vestido en los términos que ésta le propone y que el previsible desconcierto no tenga tiempo de configurarse ante la naturalidad que le sale al encuentro. La aparición a la que nos entregaba la bruma deja entonces de serlo, y quien bien pudo ser un fantasma se incorpora a nuestro ámbito ampliando su espectro. Viene a ser un fantasma familiar, lo insólito que no entra en nuestras expectativas y que se instala a nuestro lado con el desparpajo de un amigo de la infancia. Nachuk y Mario se conocieron de esa forma tan descarnada, y cuando Mario le preguntó por los servicios y añadió que si no los encontraba en seguida iba a mear allí mismo, Nachuk no se sorprendió de estar desnudo ni tampoco de la elegancia de su interlocutor. Es más, se brindó a acompañarle a los servicios, en lugar de limitarse a señalárselos, y en ningún momento consideró que aquella situación pudiera encerrar algo anómalo. Luego, cuando Mario le preguntó qué sitio era aquel y se empeñó al saberlo en tomar una sauna, Nachuk lo esperó.

No lo hizo porque temiera que a Mario le fuera a ocurrir algo o sospechara que le estaba ya ocurriendo algo y le urgiera un sentimiento de responsabilidad. Lo hizo sin propósito ninguno; lo hizo, simplemente, porque no hizo otra cosa. Se sentó en los vestuarios y esperó. Tampoco se preguntó quién podría ser aquel tipo estrambótico que aterrizaba vestido de etiqueta en una sauna sin saber dónde estaba, ni se planteó en ningún momento qué demonios hacía allí esperando a alguien que no le había pedido que lo esperara, no, pues en realidad ni siquiera sabía si lo que hacía allí era esperar a alguien. La curiosidad lo llevó en un momento determinado a examinar el chaqué negro que el otro había dejado allí tirado con el resto de la ropa hecha un ovillo, pero sólo acertó a decir, ¡vaya! Después, supo que Mario había dado un concierto la noche anterior interpretando las tres últimas sonatas de Beethoven. Lo que no supo fue lo que pudo haber hecho en las casi doce horas transcurridas desde entonces. Pero no le importó demasiado. Nunca le importó demasiado. O eso creía.